

Carta a los Romanos

1 Saludo inicial

¹ * Carta de Pablo, servidor de Jesucristo, llamado para ser Apóstol, y elegido para anunciar la Buena Noticia de Dios,² que él había prometido por medio de sus Profetas en las Sagradas Escrituras,³ * acerca de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, nacido de la estirpe de David según la carne,⁴ y constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu santificador, por su resurrección de entre los muertos.⁵ Por él hemos recibido la gracia y la misión apostólica, a fin de conducir a la obediencia de la fe, para gloria de su Nombre, a todos los pueblos paganos,⁶ entre los cuales se encuentran también ustedes, que han sido llamados por Jesucristo.⁷ * A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos, llegue la gracia y la paz, que proceden de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Acción de gracias y súplica

⁸ En primer lugar, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, a causa de todos ustedes, porque su fe es alabada en el mundo entero.⁹ Dios, a quien tributo un culto espiritual anunciando la Buena Noticia de su Hijo, es testigo de que yo los recuerdo constantemente,¹⁰ pidiendo siempre en mis oraciones que pueda encontrar, si Dios quiere, la ocasión favorable para ir a visitarlos.¹¹ Porque tengo un gran deseo de verlos, a fin de comunicarles algún don del Espíritu que los fortalezca,¹² mejor dicho, a fin de que nos reconfortemos unos a otros, por la fe que tenemos en común.¹³ Hermanos, quiero que sepan que muchas veces intenté visitarlos para recoger algún fruto también entre ustedes, como lo he recogido en otros pueblos paganos; pero hasta ahora no he podido hacerlo.¹⁴ * Yo me debo tanto a los griegos como a los que no lo son, a los sabios como a los ignorantes.¹⁵ De ahí mi ardiente deseo de anunciarles la Buena Noticia también a ustedes, los que habitan en Roma.

El tema de la Carta

¹⁶ Yo no me avergüenzo del Evangelio, porque es el poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos en primer lugar, y después de los que no lo son.¹⁷ * En el Evangelio se revela la justicia de Dios, por la fe y para la fe, conforme a lo que dice la Escritura: El justo vivirá por la fe.

La revelación de la justicia de Dios

3 ²¹ Pero ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas:²² la justicia de Dios, por la fe en Jesucristo, para todos los que creen. Porque no hay ninguna distinción:²³ * todos han pecado y están privados de la gloria de Dios,²⁴ pero son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención cumplida en Cristo Jesús.²⁵ Él fue puesto por Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, gracias a la fe. De esa manera, Dios ha querido mostrar su justicia:²⁶ en el tiempo de la paciencia divina, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, y en el tiempo presente, siendo justo y justificando a los que creen en Jesús.

El fruto de la justificación

5 ¹ Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo.² Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.³ Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia;⁴ la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza.⁵ Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado.⁶ En efecto, cuando todavía éramos débiles, Cristo, en el tiempo señalado, murió por los pecadores.⁷ Difícilmente se encuentra alguien que dé su vida por un hombre justo; tal vez alguno sea capaz de morir por un bienhechor.⁸ Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores.⁹ Y ahora que estamos justificados por su sangre, con mayor razón seremos librados por él de la ira de Dios.¹⁰ Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida.¹¹ Y esto no es todo: nosotros nos gloriamos en Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien desde ahora hemos recibido la reconciliación.

Adán y Jesucristo

¹² * Por lo tanto, por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos

pecaron.¹³ En efecto, el pecado ya estaba en el mundo, antes de la Ley, pero cuando no hay Ley, el pecado no se tiene en cuenta.¹⁴ Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso en aquellos que no habían pecado, cometiendo una transgresión semejante a la de Adán, que es figura del que debía venir.

¹⁵ Pero no hay proporción entre el don y la falta. Porque si la falta de uno solo provocó la muerte de todos, la gracia de Dios y el don conferido por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, fueron derramados mucho más abundantemente sobre todos.¹⁶ Tampoco se puede comparar ese don con las consecuencias del pecado cometido por un solo hombre, ya que el juicio de condenación vino por una sola falta, mientras que el don de la gracia lleva a la justificación después de muchas faltas.¹⁷ En efecto, si por la falta de uno solo reinó la muerte, con mucha más razón, vivirán y reinarán por medio de un solo hombre, Jesucristo, aquellos que han recibido abundantemente la gracia y el don de la justicia.

¹⁸ Por consiguiente, así como la falta de uno solo causó la condenación de todos, también el acto de justicia de uno solo producirá para todos los hombres la justificación que conduce a la Vida.¹⁹ Y de la misma manera que por la desobediencia de un solo hombre, todos se convirtieron en pecadores, también por la obediencia de uno solo, todos se convertirán en justos.

²⁰ Es verdad que la Ley entró para que se multiplicaran las transgresiones, pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.²¹ Porque así como el pecado reinó produciendo la muerte, también la gracia reinará por medio de la justicia para la Vida eterna, por Jesucristo, nuestro Señor.

6 La identificación con Cristo por el Bautismo

¹ ¿Qué diremos entonces? ¿Que debemos seguir pecando para que abunde la gracia?² ¡Ni pensarlo! ¿Cómo es posible que los que hemos muerto al pecado sigamos viviendo en él?³ * ¿No saben ustedes que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte?⁴ Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva.

⁵ Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos

identificaremos con él en la resurrección.⁶ Comprendámoslo: nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado.⁷ Porque el que está muerto, no debe nada al pecado.

⁸ Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.⁹ Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre él.¹⁰ Al morir, él murió al pecado, una vez por todas; y ahora que vive, vive para Dios.¹¹ Así también ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

La liberación del pecado y el servicio de Dios

¹² No permitan que el pecado reine en sus cuerpos mortales, obedeciendo a sus malos deseos.¹³ Ni hagan de sus miembros instrumentos de injusticia al servicio del pecado, sino ofrézcanse ustedes mismos a Dios, como quienes han pasado de la muerte a la Vida, y hagan de sus miembros instrumentos de justicia al servicio de Dios.¹⁴ Que el pecado no tenga más dominio sobre ustedes, ya que no están sometidos a la Ley, sino a la gracia.

¹⁵ ¿Entonces qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos sometidos a la Ley sino a la gracia? ¡De ninguna manera!¹⁶ ¿No saben que al someterse a alguien como esclavos para obedecerle, se hacen esclavos de aquel a quien obedecen, sea del pecado, que conduce a la muerte, sea de la obediencia que conduce a la justicia?¹⁷ Pero gracias a Dios, ustedes, después de haber sido esclavos del pecado, han obedecido de corazón a la regla de doctrina, a la cual fueron confiados,¹⁸ y ahora, liberados del pecado, han llegado a ser servidores de la justicia.¹⁹ Voy a hablarles de una manera humana, teniendo en cuenta la debilidad natural de ustedes. Si antes entregaron sus miembros, haciéndolos esclavos de la impureza y del desorden hasta llegar a sus excesos, pónganlos ahora al servicio de la justicia para alcanzar la santidad.

Los frutos del pecado y de la justicia

²⁰ Cuando eran esclavos del pecado, ustedes estaban libres con respecto de la justicia.²¹ Pero, ¿qué provecho sacaron entonces de las obras que ahora los avergüenzan? El resultado de esas obras es la muerte.²² Ahora, en cambio, ustedes están libres del pecado y sometidos a Dios: el fruto de esto es la

santidad y su resultado, la Vida eterna.²³ Porque el salario del pecado es la muerte, mientras que el don gratuito de Dios es la Vida eterna, en Cristo Jesús, nuestro Señor.

7 La liberación de la Ley

¹ ¿Acaso ustedes ignoran, hermanos - hablo a gente que entiende de leyes - que el hombre está sujeto a la ley únicamente mientras vive?² Así, una mujer casada permanece ligada por la ley a su esposo mientras él viva; pero al morir el esposo, queda desligada de la ley que la unía a él.³ Por lo tanto, será tenida por adúltera si en vida de su marido, se une a otro hombre. En cambio, si su esposo muere, quedará desligada de la ley, y no será considerada adúltera si se casa con otro hombre.⁴ De igual manera, hermanos, por la unión con el cuerpo de Cristo, ustedes han muerto a la Ley, para pertenecer a otro, a aquel que resucitó a fin de que podamos dar frutos para Dios.⁵ Porque mientras vivíamos según la naturaleza carnal, las malas pasiones, estimuladas por la Ley, obraban en nuestros miembros para hacernos producir frutos de muerte.⁶ Pero ahora, muertos a todo aquello que nos tenía esclavizados, hemos sido liberados de la Ley, de manera que podamos servir a Dios con un espíritu nuevo y no según una letra envejecida.

La Ley, ocasión de pecado

⁷ * ¿Diremos entonces que la Ley es pecado? ¡De ninguna manera! Pero yo no hubiera conocido el pecado si no fuera por la Ley. En efecto, hubiera ignorado la codicia, si la Ley no dijera: No codiciarás.⁸ Pero el pecado, aprovechando la oportunidad que le daba el precepto, provocó en mí toda suerte de codicia, porque sin la Ley, el pecado es cosa muerta.

⁹ * Hubo un tiempo en que yo vivía sin Ley, pero al llegar el precepto, tomó vida el pecado,¹⁰ y yo, en cambio, morí. Así resultó que el mandamiento que debía darme la vida, me llevó a la muerte.¹¹ * Porque el pecado, aprovechando la oportunidad que le daba el precepto, me sedujo y, por medio del precepto, me causó la muerte.

¹² De manera que la Ley es santa, como es santo, justo y bueno el precepto.¹³ ¿Pero es posible que lo bueno me cause la muerte? ¡De ningún modo! Lo que pasa es que el pecado, a fin de mostrarse como tal, se valió de algo bueno para causarme la muerte,

y así el pecado, por medio del precepto, llega a la plenitud de su malicia.

La oposición entre la carne y el espíritu

¹⁴ * Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, y estoy vendido como esclavo al pecado.¹⁵ Y ni siquiera entiendo lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que aborrezco.¹⁶ Pero si hago lo que no quiero, con eso reconozco que la Ley es buena.¹⁷ Pero entonces, no soy yo quien hace eso, sino el pecado que reside en mí,¹⁸ porque sé que nada bueno hay en mí, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo.¹⁹ Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.²⁰ Pero cuando hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí.

²¹ De esa manera, vengo a descubrir esta ley: queriendo hacer el bien, se me presenta el mal.²² * Porque de acuerdo con el hombre interior, me complazco en la Ley de Dios,²³ pero observo que hay en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón y me ata a la ley del pecado que está en mis miembros.

²⁴ ¡Ay de mí! ¿Quién podrá librarme de este cuerpo que me lleva a la muerte?²⁵ ¡Gracias a Dios, por Jesucristo, nuestro Señor! En una palabra, con mi razón sirvo a la Ley de Dios, pero con mi carne sirvo a la ley del pecado.

8 La ley del Espíritu

¹ Por lo tanto, ya no hay condenación para aquellos que viven unidos a Cristo Jesús.² Porque la ley del Espíritu, que da la Vida, te ha librado, en Cristo Jesús, de la ley del pecado y de la muerte.³ Lo que no podía hacer la Ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios lo hizo, enviando a su propio Hijo, en una carne semejante a la del pecado, y como víctima por el pecado. Así él condenó el pecado en la carne,⁴ para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que ya no vivimos conforme a la carne sino al espíritu.

Los deseos de la carne y del espíritu

⁵ En efecto, los que viven según la carne desean lo que es carnal; en cambio, los que viven según el espíritu, desean lo que es espiritual.⁶ Ahora bien, los deseos de la carne conducen a la muerte, pero los deseos del espíritu conducen a la vida y a la paz,⁷ porque los deseos de la carne se oponen a Dios, ya

que no se someten a su Ley, ni pueden hacerlo.⁸ Por eso, los que viven de acuerdo con la carne no pueden agradar a Dios.

⁹ Pero ustedes no están animados por la carne sino por el espíritu, dado que el Espíritu de Dios habita en ustedes. El que no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Cristo.¹⁰ Pero si Cristo vive en ustedes, aunque el cuerpo esté sometido a la muerte a causa del pecado, el espíritu vive a causa de la justicia.¹¹ Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en ustedes, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a sus cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en ustedes.

¹² Hermanos, nosotros no somos deudores de la carne, para vivir de una manera carnal.¹³ Si ustedes viven según la carne, morirán. Al contrario, si hacen morir las obras de la carne por medio del Espíritu, entonces vivirán.

La filiación divina

¹⁴ Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.¹⁵ Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡Padre!¹⁶ El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.¹⁷ Y si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él.

La esperanza de la creación

¹⁸ Yo considero que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revelará en nosotros.¹⁹ * En efecto, toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios.²⁰ Ella quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de quien la sometió, pero conservando una esperanza.²¹ Porque también la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios.²² Sabemos que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto.²³ * Y no sólo ella: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente anhelando que se realice la plena filiación adoptiva, la redención de nuestro cuerpo.²⁴ * Porque solamente en esperanza estamos salvados. Ahora bien, cuando se ve lo que se espera, ya no se espera

más: ¿acaso se puede esperar lo que se ve?²⁵ En cambio, si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con constancia.

La oración del Espíritu

²⁶ Igualmente, el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables.²⁷ Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina.

El plan de salvación

²⁸ Sabemos, además, que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio.²⁹ En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos;³⁰ y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.

Himno del amor de Dios

³¹ ¿Qué diremos después de todo esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?³² El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos concederá con él toda clase de favores?³³ * ¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica.³⁴ ¿Quién se atreverá a condenarlos? ¿Será acaso Jesucristo, el que murió, más aún, el que resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros?

³⁵ ¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?³⁶ * Como dice la Escritura: Por tu causa somos entregados continuamente a la muerte; se nos considera como a ovejas destinadas al matadero.³⁷ Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó.

³⁸ Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales,³⁹ ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.